

PERSONAJES

VICENTE, duque de Viena.
ANGELO, regente, en ausencia del duque.
ESLALO, antiguo noble, colega de Angelo en la regencia.
CLAUDIO, joven señor.
LUCIO, joven calavera.
DOS HIDALGOS.
VARRIO, cortesano del séquito del duque.
EL PREBOSTE de la cárcel.
PEDRO, { Monjes.
TOMAS, {
UN JUEZ.
CODO, oficial de policía.
ESPUMA, joven frívolo.
UN BUFÓN, criado de la señora Overdone.
ABHORSON, verdugo.
BERNARDINO, prisionero disoluto.
ISABEL, hermana de Claudio.
MARIANA, prometida de Angelo.
JULIETA, amada de Claudio.
FRANCISCA, monja.
LA SEÑORA OVERDONE, casamentera.

Señores, Hidalgos, Guardias, Oficiales, etc.

La acción pasa en Viena



ACTO PRIMERO

ESCENA I

Aposento del palacio del duque

EL DUQUE, ESCALO, señores y séquito.

EL DUQUE

¡Escalo!

ESCALO.—¡Señor!

EL DUQUE.—Querer explicaros los principios de gobierno parecería en mí vana afectación y discurso inútil, puesto que sé que vuestros propios conocimientos en el arte de gobernar aventajan á todos los consejos é instrucciones que podría daros mi experiencia. No me queda sino dejar que vuestra capacidad al igual de vuestra virtud, obren unidas y de acuerdo. El carácter de nuestro pueblo, las leyes de nuestra ciudad, las formas de la justicia son materias que poseéis tan á fondo, como el más instruído por el arte y la práctica. He aquí nuestro cometido, que quisiéramos ver cumplido puntualmente. (*A un criado.*) Vé á decir á Angelo que venga. ¿Qué opinión tenéis de su aptitud para reemplazarnos? Porque

ya sabréis que le hemos escogido con particular cuidado con objeto de que nos represente en nuestra ausencia; armado con todo el poder de nuestra autoridad, revestido de nuestro amor, depusimos en sus manos todos los órganos del imperio. ¿Qué pensáis de ello?

ESCALO.—Si existe en Viena un hombre digno de ser revestido con tan grande honor, y tan altas funciones, este es el señor Angelo. *(Entra Angelo.)*

EL DUQUE.—Hele aquí que llega.

ANGELO.—Siempre sumiso á las voluntades de Vuestra Alteza, vengo á conocer sus órdenes.

EL DUQUE.—Angelo, tu vida presenta cierto carácter en el cual el observador puede leer toda tu historia. Tu persona y tus talentos no son de tal modo propiedad tuya, que puedas consagrar exclusivamente tu persona á tus virtudes y tus virtudes á tu persona. El cielo se sirve de nosotros como nosotros de las teas: las encendemos, pero no para ellas; y si nuestras virtudes no irradian de nosotros, sería como si no las tuviésemos. La naturaleza no forma grandes almas, sino para grandes desig-nios; jamás presta una partícula de superioridad como no sea al modo de una diosa interesada que se apropia la gloria del acreedor, y exige el interés y el agradecimiento. Pero dirijo mis reflexiones á un hombre que puede encontrar en sí mismo cuanto de mí pudiera venirle. Así, pues, Angelo, durante nuestra ausencia, sé en todo como Nos mismo. La vida y la muerte en Viena penden de tus labios y de tu corazón. El respetable Escalo, aunque nombrado primero, es tu segundo. Toma tu nombramiento.

ANGELO.—Mi noble duque, esperad á que el metal de que estoy hecho haya adquirido mejor temple, antes de imprimirle tan noble y augusta imágen.

EL DUQUE.—Basta de evasivas. Sólo después de una elección madura y cuidadosa os hemos nombrado: por tanto, aceptad los honores que os conferimos.

Los motivos que apresuran nuestra partida son tan imperiosos que se sobreponen á todo, y no permiten deliberar sobre importantes asuntos. Os escribiremos, según la ocasión y circunstancias en que nos encontremos; y confiamos que nos diréis todo lo que os acontezca por aquí. Adiós; os dejo á ambos



llo de esperanza en el buen éxito de vuestras funciones.

ANGELO.—Pero al menos, acordadnos, señor, el permiso de acompañaros alguna parte del camino.

EL DUQUE.—Acaso la prisa en que estoy no lo permite; y os aseguro por mi honor, que no tenéis necesidad de gastar escrúpulos: mi poder es la medida del vuestro; podéis reforzar ó mitigar el rigor de las leyes, según lo dicte vuestra conciencia. Dadme la mano. Quiero partir secretamente: pues si bien amo á mi pueblo, no me gusta exhibirme como espec-

táculo á sus ojos. Aunque sus aplausos sean lisonjeros, no tengo afición al ruido y los saludos estrepitosos de la multitud; ni creo que el príncipe que los busca, obre con prudencia... Adiós, repito.

ANGELO.—Que el cielo asegure la realización de vuestros designios.

ESCALO.—¡Que él conduzca vuestros pasos, y os traiga feliz!

EL DUQUE.—Os doy las gracias, adiós.

(Sale el duque.)

ESCALO (á Angelo).—Os ruego, señor, que me acordéis una hora de libre conferencia con vos; me importa profundizar todos los deberes de mi puesto: he recibido poderes, pero no estoy bien al corriente de su naturaleza y alcance.

ANGELO.—En el mismo caso me encuentro. Retírenos juntos, y acaso no tardaremos en satisfacerlos sobre este particular.

ESCALO.—Acompaño á Vuestra Señoría. (Salen.)

ESCENA II

Una calle de Viena

LUCIO y dos hidalgos.

LUCIO.—Si nuestro duque y sus iguales no entran en acomodamiento con el rey de Hungría, ¡ah entonces! todos los duques van á caer sobre el rey.

HIDALGO 1.º—¡Quiera el cielo acordarnos la paz, pero no la del rey de Hungría!

HIDALGO 2.º—¡Amén!

LUCIO.—Imitáis al pirata devoto que se echó al mar con los diez mandamientos, pero que había borrado uno de la tabla.

HIDALGO 2.º—¿No hurtarás?

LUCIO.—Sí, ese borró.

HIDALGO 1.º—Harto hubiera sido mandar al capi-

tán y á sus compañeros que renunciassen á sus funciones: pues no se embarcan sino para robar. No háy entre todos nosotros un soldado que, en la acción de gracias antes de la comida, saboree la oración que pide la paz.

HIDALGO 2.º—Jamás he oído á ningún soldado desaprobarla.

LUCIO.—Te creo; pues pienso que jamás te has encontrado en lugar alguno donde se dieran las gracias.

HIDALGO 2.º—¿Que no, decís? á lo menos una docena de veces.

HIDALGO 1.º—¿Cómo? ¿en verso?

LUCIO.—En todos los ritmos y en todas las lenguas.

HIDALGO 1.º—Lo creo, y en todas las religiones también.

LUCIO.—Sí. ¿Por qué no? Las gracias son las gracias á despecho de toda controversia; como tú eres un mal sujeto á despecho de toda gracia.

HIDALGO 1.º—En este caso somos dos pedazos de la misma tela.

LUCIO.—Lo concedo; como el terciopelo y el orillo; tú eres el orillo.

HIDALGO 1.º—Y tú el terciopelo; excelente terciopelo, y pieza de primera calidad. Prefiero servir de orillo á una sarga inglesa, que estar cosido como lo estás tú á un terciopelo francés. ¿Hablo discretamente ahora?

LUCIO.—Creo que sí; y por cierto que sientes amargamente tu discurso. Aprenderé según tus deseos á beber á tu salud; pero mientras viva no he de hacerlo después de ti.

HIDALGO 1.º—¡Ah! He aquí á madama Dulzura que llega. He comprado en su casa enfermedades hasta la suma de....

HIDALGO 2.º—¿Cuánto?

HIDALGO 1.º—Adivina.

HIDALGO 2.º—¿Hasta tres mil duros por año?

HIDALGO 1.^o—Y más.

LUCIO.—Una corona francesa de más.

HIDALGO 1.^o—Me crees siempre con enfermedades; pero te equivocas: estoy sano.

LUCIO.—Esta palabra no quiere decir en tu caso que disfrutes de buena y vigorosa salud. Estas sano como el tronco de un árbol hueco. Tus huesos están huecos. La impiedad los ha roído.

(Entra la señora Overdone).

HIDALGO 1.^o—¡Hola! Sepamos: ¿qué cadera os duele más, molestada por la ciática?

SEÑORA OVERDONE.—Vaya... vaya... acaban de prender y poner en la cárcel á alguien que vale cinco mil hombres como vos.

HIDALGO 1.^o—¿Quién es él?

SEÑORA OVERDONE.—¡Ah! es Claudio, el señor Claudio.

LUCIO.—¿Claudio en la cárcel? No puede ser.

SEÑORA OVERDONE.—Yo sé que puede ser; lo he visto prender; lo he visto conducir; hay más aún: dentro tres días le cortarán la cabeza.

LUCIO.—Pero, dejando á un lado esta broma, no querría que fuese verdad: ¿estás segura de ello?

SEÑORA OVERDONE.—Estoy más que segura; y eso por haber dado un hijo á la señora Julieta.

LUCIO.—Créeme, eso podría ser muy bien. Me había prometido venir hace ya dos horas, y siempre ha sido exacto en cumplir su palabra.

HIDALGO 2.^o—Por otra parte, sabéis que eso se relaciona algo con la conversación que habíamos tenido acerca de esto.

HIDALGO 1.^o—Sobre todo, está de acuerdo con la ordenanza que se ha publicado.

LUCIO.—Partamos: vamos á averiguar la verdad del hecho. (Salen.)

SEÑORA OVERDONE (Sola).—Así, gracias á la guerra, al cadalso, á la miseria, me encuentro casi sin clientela. (Entra el bufón.) ¿Y bien, qué nuevas hay?

EL BUFÓN.—Allá llevan un hombre á la cárcel.

SEÑORA OVERDONE.—Sí, ¿qué ha hecho?

EL BUFÓN.—Una mujer.

SEÑORA OVERDONE.—Pero ¿qué delito es el suyo?

EL BUFÓN.—Ha metido la hoz en mies ajena.

SEÑORA OVERDONE.—¡Qué! ¿Hay alguna muchacha embarazada por culpa suya?

EL BUFÓN.—No: pero convirtió en mujer á una doncella. ¿No habéis oído hablar de la ordenanza?

SEÑORA OVERDONE.—¿Qué ordenanza, hombre?

EL BUFÓN.—Que todas las casas de los arrabales de Viena serán echadas abajo.

SEÑORA OVERDONE.—¿Y qué se hará con las de la ciudad?

EL BUFÓN.—Quedarán para semilla: las habrían demolido también, si un prudente vecino no hubiese intercedido en su favor.

SEÑORA OVERDONE.—¿Pero todos nuestros burdeles serán derribados?

EL BUFÓN.—Hasta los cimientos, señora.

SEÑORA OVERDONE.—¡Pues ciertamente que andan trocadas las cosas en el municipio! ¿Qué va á ser de mí?

EL BUFÓN.—Vamos, no temáis nada; á los buenos procuradores no les faltan clientes. Aunque mudéis de lugar, no tenéis necesidad de mudar de estado; yo seré siempre vuestro siervo. Vamos, valor; se apiadarán de vos; pues habiendo gastado y casi perdido vuestros ojos en el servicio, no dejarán de tomarlo en consideración.

SEÑORA OVERDONE.—¿Qué tenemos que hacer aquí? retirémonos, Tomás Tapster.

EL BUFÓN.—Allá va el señor Claudio á quien conduce á la cárcel el preboste, y ahí tenemos á madama Julieta. (Salen.)

ESCENA III

Entran el PREBOSTE, CLAUDIO, JULIETA y OFICIALES, LUCIO y DOS HIDALGOS

CLAUDIO (*al preboste*).—¿Amigo, por qué me dais así en espectáculo al público? Conducidme á la cárcel donde debo estar encerrado.

EL PREBOSTE.—No es que os quiera mal; obedezco á una orden especial del señor Angelo.

CLAUDIO.—Así, este semidiós Autoridad, nos hace pagar nuestro delito al peso: ¡tales son los decretos del cielo! Hiere á quien quiere, perdona á quien quiere; y siempre es justo.

LUCIO.—¡Pues qué, Claudio! ¿Cuál es la causa de esta prisión?

CLAUDIO.—La mucha libertad, Lucio mío, la demasiada libertad. Como la intemperancia es madre del ayuno, la libertad que degenera en licencia para en la cárcel. Así como los ratones se engolosinan con el veneno que los mata, nuestra naturaleza persigue ávidamente el mal propósito, y al disfrutarlo perecemos.

LUCIO.—Si pudiese hablar tan sesudamente durante mi arresto, enviaría á buscar á ciertos acreedores míos; pero, á decir verdad, prefiero los excesos de la libertad á la moralidad del cautiverio. ¿Cuál es tu crimen, Claudio?

CLAUDIO.—Sería cometerlo de nuevo el hablar de él.

LUCIO.—¿Qué, es un asesinato?

CLAUDIO.—No.

LUCIO.—¿Un atentado al pudor?

CLAUDIO.—Puedes llamarlo así.

EL PREBOSTE.—Vamos, señor, fuerza es que sigamos.

CLAUDIO.—Una palabra más, amigo mío. (*Habla á Lucio aparte.*) Lucio, palabra.

LUCIO.—Ciento, si pueden hacerte algún bien. ¿Pero es verdad que tanto se persiga el escándalo?

CLAUDIO.—He aquí lo que me ocurre. Sobre la fe de un contrato formal, he adquirido posesión del lecho de Julieta. La conoces; es mi esposa legítima; y si nos falta el haberlo declarado así por medio de las ceremonias exteriores, fué solamente por conservar una dote, que existe en el cofre de sus padres, á quienes hemos creído deber ocultar nuestro amor, hasta que el tiempo los reconciliase con nosotros. Pero la desgracia quiere que el secreto de nuestra unión se lea en caracteres demasiado visibles sobre la persona de Julieta.

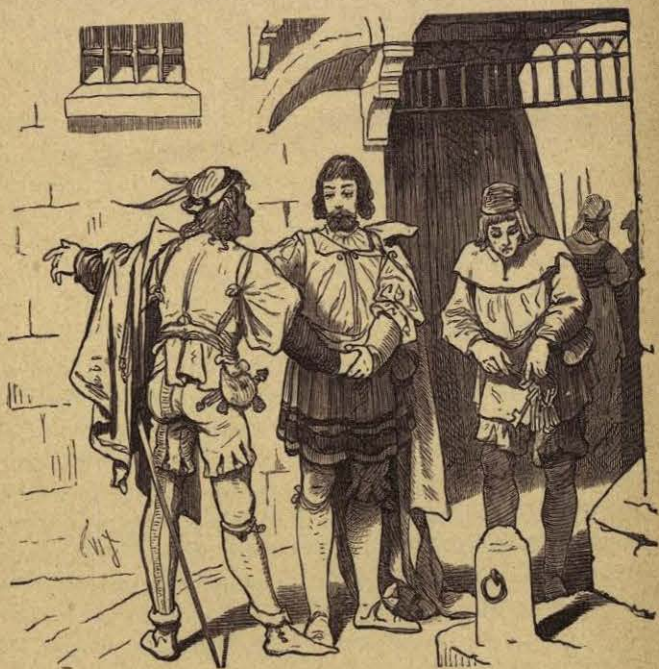
LUCIO.—¿Un niño, quizás?

CLAUDIO.—¡Ah! sí, desgraciadamente; y el nuevo ministro que reemplaza al duque... no sé si por culpa del brillo de la novedad; ó porque el cuerpo del Estado sea el caballo en que cabalga el gobernador, quien, nuevo en la silla, y para hacerle conocer su imperio, le hace sentir la espuela desde luego; ó porque la tiranía está ligada con la dignidad, ó bien con el hombre que la ejerce... no acierto á decirlo... El caso es que el nuevo gobernador acaba de resucitar todas las viejas leyes penales que estaban suspendidas en la pared como una armadura mohosa, desde tanto tiempo há, que el zodiaco había dado ya diez y nueve veces su vuelta, sin que ninguna de ellas hubiese sido puesta en ejecución; y hoy para hacerse un hombre, viene á aplicar contra mí estos decretos aletargados y descuidados tanto tiempo. Sin duda lo hace para adquirir fama.

LUCIO.—Estoy seguro de que sí; y tu cabeza está tan poco firme sobre tus hombros, que el suspiro de una lechera enamorada bastaría á derribarla. Manda un recado al duque y apela á él.

CLAUDIO.—Lo he hecho ya; pero no se le puede encontrar.—Ruégote, Lucio, que me hagas un ser-

vicio: hoy mi hermana debe ingresar en un convento, y comenzar su noviciado. Hazle conocer el peligro de mi posición; implórala en mi nombre; ruégala que gane la amistad del severo ministro;



dile que intente ella misma sondear su corazón. Fundó sobre esto grandes esperanzas; pues tiene su edad un lenguaje mudo y persuasivo, hecho para conmover á los hombres: además posee feliz talento cuando quiere emplear su natural elocuencia, y es muy capaz de persuadirle.

LUCIO.—Ruego al cielo que lo consiga; tanto para la salvación de otros como tú, que sin eso, tendrían que sufrir penas rigurosas, como para conservar-te la vida, que sentiría perudieses tan locamente en este lance amoroso. Voy á buscarla.

CLAUDIO.—Te doy las gracias, buen amigo Lucio.

LUCIO.—Dentro dos horas..

CLAUDIO.—Vamos, preboste, partamos. (Salen.)

ESCENA IV

Un monasterio

Entran EL DUQUE y EL MONJE TOMAS.

EL DUQUE.—No, venerable padre; abandonad esta idea; no creáis que la débil flecha del amor pueda atravesar un pecho firme. El pedir un asilo secreto tiene un fin más serio y grave que los proyectos y las empresas de la fogosa juventud.

EL MONJE.—¿Puede explicarse Vuestra Alteza?

EL DUQUE.—Mi santo padre: nadie sabe mejor que vos cuánto he amado la vida retirada, y lo poco que me cuido de frecuentar las reuniones en que imperan la juventud, el lujo y la necia baladronada. He confiado al señor Angelo, hombre de virtud rígida y de costumbres austeras, mi absoluto poder y mi propia representación en Viena. Me supone viajando en Polonia; pues he tenido cuidado de hacer esparcir este rumor en el pueblo, y es lo que creen. Ahora, padre mío, ¿vais á preguntarme por qué procedo así?

EL MONJE.—De buena gana, señor.

EL DUQUE.—Tenemos estatutos rigurosos y leyes severas (frenos necesarios para corceles fogosos), que hemos dejado dormir desde hace diez y nueve años, como un león viejo en su cueva, que no sale ya á buscar presa. Como el haz amenazador de varillas de mimbre que un padre indulgente ha formado para atemorizar con su vista á sus niños, mas no para servirse de él, llega á ser al fin objeto de burla más que de temor; sucede ahora con nuestros decretos, que muertos para el castigo han muerto

también para sí mismos. La licencia hace mofa y escarnio de la justicia; el niño de pecho golpea á su nodriza y se pierde toda noción de decoro.

EL MONJE.—Dependía de Vuestra Alteza desatar los lazos que ataban á la justicia, cuando lo tuviese á bien; y habría parecido esto más terrible en vos que en el señor Angelo.

EL DUQUE.—Temo que lo hubiese sido demasiado. Puesto que es culpa mía haber dado á mi pueblo tanta libertad, sería una tiranía herirlo y castigarlo cruelmente por aquello que he provocado yo mismo; pues es provocar los crimines dejarles libre curso, sin refrenarlos con el castigo. He aquí, padre, por qué he encargado á Angelo este empleo; puede, al abrigo de mi nombre, herir al abuso en el corazón, sin que se comprometa mi carácter que no estará expuesto á la censura. Con ánimo de observar su administración, quiero, bajo el hábito de uno de vuestros hermanos, atender á la vez al ministro y al pueblo. Así, os ruego que me deis un hábito de vuestra orden, y me expliquéis cómo debo conducirme para guardar la apariencia de un verdadero religioso. Os daré en ocasión más holgada otras razones de mi conducta: ahora, escuchad solamente ésta.—Angelo es austero y muy precavido contra la envidia; apenas confiesa que su sangre circula, ó que le gusta más el pan que las piedras; por lo cual hemos de ver si el poder muda el carácter, y qué son en realidad nuestros hombres.

(*Salen.*)

ESCENA V

Un convento de monjas

ISABEL, FRANCISCA, después LUCIO.

ISABEL.—¿Son esos, religiosas, todos vuestros privilegios?

FRANCISCA.—¿No son bastante amplios?

ISABEL.—Ciertamente que sí, y no quiero decir que desee más; al contrario, anhelaría que rigiese á la comunidad de las hermanas de Santa Clara más estrecha regla.

LUCIO (*fuera*).—¡Hola! ¡Que la paz sea en estos lugares!

ISABEL.—¿Quién llama?

FRANCISCA.—Es la voz de un hombre. Querida Isabel, dad vuelta á la llave y averiguad lo que quiere; vos lo podéis y yo no; no habéis pronunciado aún los votos; cuando lo hayáis hecho, no os será permitido hablar á los hombres sino en presencia de la superiora; y entonces si les habláis, no debéis mostrar vuestro rostro; ó si mostráis vuestro rostro, no debéis hablar.—Llaman aún; os ruego que le atendáis. (*Entra Lucio.*)

ISABEL.—¡Paz y felicidad! ¿Quién llama?

LUCIO.—Salud, virgen, si lo sois, como esas rosadas mejillas lo anuncian á las claras. ¿Podéis hacerme el servicio de presentarme á Isabel, novicia en este monasterio, y amable hermana de su desgraciado hermano Claudio?

ISABEL.—¿Por qué decís su desgraciado herma-

no? Permitidme esta pregunta, tanto más cuanto que os debo declarar ahora ser yo esta Isabel, y hermana suya.

LUCIO.—Amable y bella novicia, vuestro hermano os dice mil cariños; y para no cansaros, os diré que está en la cárcel.

ISABEL.—¡Oh desgraciada! ¡Ah! ¿por qué?

LUCIO.—Por una acción que á ser yo su juez le valdría gratitud en vez de castigo: tuvo un niño de su buena amiga.

ISABEL.—¡Señor, no os burléis de mí!

LUCIO.—Es la verdad.—No querría (aunque sea mi pecado favorito el imitar al avefría con las niñas, y hablarles continuamente de chanza) tomarme esta licencia con todas las vírgenes. Os considero como un espíritu inmortal por vuestra renuncia del mundo, y al cual es preciso hablar con sinceridad como á una santa.

ISABEL.—¡Así profanáis la santidad, burlándoos de mí!

LUCIO.—No lo creáis. Brevemente y con toda verdad, he aquí el hecho: vuestro hermano y su amante han mantenido hasta ahora secretas relaciones; y como es natural que la estación de las flores traiga á sazón la cosecha, así anuncia su seno tan feliz cultivo.

ISABEL.—¿Ha comprometido acaso el honor de alguna doncella? ¿Será esta mi prima Julieta?

LUCIO.—¿Es vuestra prima?

ISABEL.—Por adopción; como las jóvenes colegialas cambian sus nombres por amistad.

LUCIO.—Ella es.

ISABEL.—¡Oh! Pues entonces que se case con ella.

LUCIO.—En eso está el quid. El duque ha salido de esta ciudad de extraña manera; ha tenido á varios hidalgos, á mí entre otros, con la esperanza de tomar parte en la administración; pero sabemos por los que conocen el corazón del gobierno, que los rumores que ha esparcido estaban á una distan-

cia infinita de sus verdaderos designios. En su lugar, y revestido con toda su autoridad, el señor Angelo gobierna al Estado; pero este es hombre, que tiene sangre de horchata, y no siente jamás el punzante aguijón ni el movimiento de los sentidos, sino que embota y amortigua su natural ímpetu con los trabajos del espíritu, el estudio y el ayuno.—Para intimidar el abuso y la licencia que por largo tiempo han campeado en presencia de la horrible ley, como ratones cerca de un león, ha desenterrado un edicto cuyas rigurosas disposiciones condenan á muerte á vuestro hermano: Angelo lo ha hecho prender en virtud de esta ley; y sigue literalmente todo el rigor del estatuto para hacer en Claudio un ejemplar castigo. Toda esperanza está perdida, á menos que tengáis el poder de doblegar á Angelo con vuestros ruegos, y esta es la comisión que me trae aquí.

ISABEL.—¿Tan enconado está contra la vida de éste?

LUCIO.—Ya ha pronunciado su sentencia; y, por lo que oigo decir, el preboste ha recibido la orden para su ejecución.

ISABEL.—¡Ah! ¿Pero qué puedo hacer yo por él, desventurada?

LUCIO.—Probad vuestro poder.

ISABEL.—¡Mi poder! ¡Ay! lo dudo...

LUCIO.—Nuestras dudas son traidores, que con frecuencia nos hacen perder el bien que habríamos podido ganar, con el temor de intentarlo. Id á buscar al señor Angelo, y que aprenda de vos que cuando una doncella implora, los hombres son generosos como dioses; pero que cuando llora y se arrodilla, todo lo que pide es tan suyo como de aquellos que lo poseen.

ISABEL.—Veré lo que puedo hacer.

LUCIO.—Pero, sin demora.

ISABEL.—Voy á ocuparme en ello al momento; y no tomaré sino el tiempo necesario para poner en